

LOS DOS CENTENARIOS DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA (1910-1921): DE LA HISTORIA PATRIA A LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL

Annick LEMPÉRIÈRE
Universidad de París-I

DOS MODELOS MEMORIALES

QUEREMOS DESARROLLAR, A LO LARGO de estas páginas, una interpretación de las dos conmemoraciones de la independencia que se celebraron en México a principios de siglo. Con la primera de ellas, se agotó no sólo el régimen de Porfirio Díaz, sino también toda una concepción de la nación y de su historia. Con la segunda, empezaron a vislumbrarse los nuevos rumbos que iban a seguir en México la memoria del pasado colectivo y los proyectos para el porvenir. Por eso se analizan en este artículo distintas modalidades de la memoria, tal como las elaboraron las élites político-culturales que desde el siglo XIX, y después de la Revolución, consideraron dentro de sus tareas la de enseñar a los ciudadanos cuál era el sentido de la historia común que debían compartir para formar una nación moderna.

Como lo demostró Koselleck,¹ cada sociedad, o cada época de una civilización, establece con el tiempo una relación específica, y por ello tiene un estilo particular de concebir el pasado, el presente y el porvenir. Por lo tanto inventa su propia memoria y escoge sucesos, hazañas o personajes dignos de conmemoración. Dentro de esta pers-

¹ KOSELLECK, 1990.

pectiva, la memoria moderna aparece como uno entre varios modelos de relación con el tiempo.

La memoria cultural moderna participa de la tensión permanente que, desde el Siglo de las Luces, divide la percepción del presente entre la conciencia del pasado y la valoración del futuro. La ruptura con la tradición y el deseo de progreso eran los parámetros de la sensibilidad histórica del siglo XIX,² cuya expresión es la historia. Esta palabra polisémica designa al mismo tiempo el pasado, su representación escrita o figurada y la acción humana, que en lo sucesivo crea la historia. En los estados-nación nacidos de rupturas históricas con la tradición, las conmemoraciones organizadas por los gobiernos revelan, según las modalidades particulares de cada contexto nacional, esa sensibilidad histórica. Éstas son tanto representaciones del acontecimiento fundador como afirmaciones de un poder presente que se define, necesariamente, por su capacidad de favorecer la marcha del progreso.³ En la medida en que la historia se convierte en aspecto esencial de la política, la memoria misma se convierte en objeto de una política, ya que el dominio del futuro pasa por el del pasado. El pretérito es, en efecto, reserva potencial de figuras ejemplares y de prefiguraciones gloriosas, aunque también es, según dicha sensibilidad histórica, “reacción, retraso, supervivencia”:⁴ un obstáculo en la acción. Es, por lo tanto, importante utilizarlo selectivamente.

En el régimen porfirista (1876-1910), como en otros, la memoria era utilizada a manera de conmemoración política y discurso histórico, así como para organizar las referencias al pasado en función de los imperativos del

² Construimos las expresiones “sensibilidad histórica” sobre la de “sensibilidad legal”, con la que el antropólogo C. Geertz designa “un sentido determinado de justicia”; así como las sensibilidades legales y las históricas, que designan modos particulares de relación con el pasado, el presente y el futuro, difieren entre sí por “los símbolos que despliegan, las historias que cuentan, las distinciones que trazan y las visiones que proyectan”, GEERTZ, 1986, p. 217.

³ Véase NORA, p. 198.

⁴ RICOEUR, 1985, p. 306.

poder. Ahora bien, con la Revolución, esta memoria autoritaria cedió su lugar a una nueva que ya no pasaría por el discurso histórico, sino que abordaría el pasado con enfoques cultural, antropológico y arqueológico. La aparición de esta nueva memoria coincidió con la crisis de las creencias en que reposaba el proyecto porfirista, a saber, en la de la capacidad de dominar y superar el pasado, de la disponibilidad y previsibilidad del futuro, es decir, la creencia en el progreso. Al abandonar el evolucionismo para adoptar el relativismo cultural, la memoria mexicana experimentó la crisis de la historia y reencontró, gracias a la antropología, no sólo nuevos objetos de recuerdo sino una nueva forma de sensibilidad histórica.

La creación de esta nueva memoria supone la destrucción de los prejuicios de la historia patria forjada en el siglo XIX —que tuvo su apogeo y su decadencia en la última parte del porfiriato—, al considerar el conjunto del pasado mexicano desde una perspectiva nacida del relativismo cultural. Empero, la principal aportación de la sensibilidad histórica naciente fue proponer al ejercicio de la memoria un nuevo tipo de relación entre el pasado y el presente, fundado ya no sobre una temporalidad evolucionista *a priori* sino sobre dos elementos ahistóricos, el territorio y la población.

Las dos celebraciones del Centenario de la independencia mexicana, en 1910 y en 1921, han recibido la marca respectiva de estos dos modelos memoriales. Una ironía de la historia quiso que el primer centenario del movimiento independentista, el que se inició en la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810 con la rebelión del cura Hidalgo contra el poder colonial, fuera celebrado por el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz, mientras que el de la consumación de la independencia, lograda gracias al acuerdo entre los criollos conservadores y el último virrey, y concluida con la entrada del ejército de las Tres Garantías a México el 27 de septiembre de 1821, fuera conmemorado bajo el régimen del general Obregón, revolucionario que llegó a la cabeza del Estado algunos meses antes del aniversario de la consumación de la independencia.

En ambos lados de la confrontación entre centenarios hubo otras celebraciones y conmemoraciones que fueron huellas dejadas por el ejercicio de la memoria antes y después del periodo revolucionario. En 1889 México participó en la exposición universal que la tercera república francesa yuxtapuso a los festejos del primer centenario de su Revolución. En 1892 participó en el cuarto centenario del descubrimiento de América organizado en Madrid. En 1900 estuvo presente en la exposición universal de París. En 1922 respondió favorablemente a la invitación de Brasil para festejar el centenario de su independencia, y participó en la exposición internacional de Rio de Janeiro. Por último, en 1929, construyó un pabellón en la exposición iberoamericana llevada a cabo en Sevilla.

Agrego a esta serie los productos de la estatuomanía⁵ que se adueñó del régimen porfirista desde su nacimiento. Esta se inscribe en el marco de la remodelación de la ciudad en torno del eje moderno del Paseo de la Reforma, donde se sitúan la mayor parte de los monumentos conmemorativos de la capital. La estatuomanía termina con el régimen porfirista, y el Estado revolucionario esperará algún tiempo, antes de reanudar esta práctica monumental, no por falta de medios financieros, sino porque nuevas formas de memoria y de identidad, como la pintura mural, sustituirían a las antiguas.

Ya sea que respondan a circunstancias particulares, o a nuevas formulaciones de los imperativos del poder, estas manifestaciones sucesivas del ejercicio de la memoria casi nunca constituyen materias primas. Por el contrario, su elaboración está determinada por modelos anteriores. Tomar en cuenta esta "memoria dentro de la memoria" modifica la interpretación que el aspecto voluntariamente singular de cada una sugiere en un principio. La larga práctica de conmemorar los días 15 y 16 de septiembre, cuya moda consolidara la república restaurada y que el porfiriato canonizara, prefigura la celebración de 1921. Su referencia implícita, sin embargo, es la celebración del pri-

⁵ ORY, 1984, p. 535.

mer centenario de la revolución francesa por la tercera república en 1889. El modelo de la celebración de 1921 es la de 1910. Sus organizadores hacen de manera oficial una contracelebración, basándose en las fiestas de 1910, pero con un espíritu completamente nuevo.

En las celebraciones de 1910, variadas y fastuosas, el “desfile histórico” del 15 de septiembre se reveló como el centro de atracción de los festejos callejeros: semejaba, en una figuración extremadamente exitosa, el conjunto de los parámetros de la memoria oficial. Los festejos de 1921, improvisados por un gobierno nuevo, frágil y desprovisto de medios financieros, resultaban pobres después de los de 1910. Lo más novedoso era la visita del gobierno a Teotihuacan, donde se acababa de renovar el templo de Quetzalcóatl. También era novedosa la organización oficial de una exposición de artes populares, la primera de su género en México. Entre las dos celebraciones surgieron nuevas instituciones, como la Escuela Internacional de Arqueología y Antropología, creada en 1910 y abierta en 1911 y la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo, creada en 1917 por Manuel Gamio, que originaron la renovación de la memoria que marcaría toda la cultura de México desde la Revolución hasta la fecha: la actitud intelectual de Gamio se nutría del descrédito de la historia para valorar los estratos sucesivos de la producción cultural nacional desde una perspectiva antropológica “integral”.

LA POLÍTICA PORFIRIANA DE LA MEMORIA

En la época porfiriana, la historia no es sólo un instrumento de poder y de construcción de la nación, sino también la conciencia histórica, o de la historia, influye globalmente en la manera de pensar. Es el modo de la conciencia por excelencia. No hay pensamiento, producción intelectual ni inspiración política que no estén gobernados por los “topoi” de la conciencia de lo temporal en la Ilustración: la creencia en la “novedad de los tiempos”, en la “aceleración del tiempo” y en la disponibilidad de la his-

toria (la historia se hace),⁶ se veía reforzada, además, por el evolucionismo spenceriano o darwinismo social, que concibe a los más aptos en virtud de las leyes de la selección natural como los vencedores de la historia. Dentro de este pensamiento dominado por la historia, las conmemoraciones y manifestaciones de identidad están animadas por una tensión permanente entre los deseos de utilizar el pasado y la aspiración de ser modernos y colocar a México en el diapasón del progreso universal.

El pasado, en efecto, suministra el material para forjar el patriotismo de los ciudadanos, alimentar el orgullo nacional, cultivar el espíritu de sacrificio y esfuerzo por la patria y generar la conciencia de que la época presente es el feliz desenlace de una evolución histórica. Dos procedimientos historiográficos han permitido esta utilización del pasado: la conversión de determinados personajes históricos en héroes (también en la memoria sobreviven sólo los más aptos) y la elaboración de la historia patria para los alumnos de primarias y secundarias. Esta historia monumental⁷ tiene como vehículo no sólo lo escrito, sino también la arquitectura pública, los monumentos, la pintura histórica y las estatuas. Prefiere la narración a cualquier otra perspectiva sobre el pasado, bajo dos grandes formas: por una parte, la cronología, y por otra, el establecimiento de retratos edificantes y de descripciones verosímiles.

La historia patria, tal como se escribe en las obras más elaboradas, en los libros de texto e incluso en los catecismos para escuelas primarias, es el ejemplo más acabado de esta historia monumental. La historia patria limita estrictamente

⁶ RICOEUR, 1985, pp. 304-306.

⁷ En "Uso y abuso de la historia", Nietzsche distingue tres tipos: la monumental, que "ofrece ejemplos de nobleza humana y enseña que, puesto que han existido una vez grandes cosas antes, significa que fue posible, y por lo tanto *podría ser posible* de nuevo"; la anticuaría, que "genera un respeto por los orígenes", y la crítica, que "posee el poder de penetrar en los mitos de la grandeza y los valores pasados, pisotear las piedades y negar al pasado todo derecho sobre el presente", véase WHITE, 1992, pp. 333-334 (edición inglesa, 1973). Las citas y el subrayado son de H. White.

tamente la presentación del pasado nacional a la sucesión de episodios traumáticos de ruptura, con los cuales se intercalan playas cronológicas que se prestan a la descripción. Así, el periodo colonial no tiene autonomía alguna respecto del relato de la conquista y el de las guerras de independencia. La *Evolución política del pueblo mexicano* escrita por Justo Sierra a principios del siglo XX es el modelo típico de esta historia-narración monumental.⁸ La limitación no es menos tajante en lo que se refiere a la selección de héroes nacionales: necesariamente pertenecen al periodo no colonial, son reclutados de entre los jefes indígenas que luchan contra Cortés, los de la Reforma y los de la guerra de intervención. De entre los héroes valorados por el régimen, Cuauhtémoc, el último emperador de los aztecas ejecutado por los españoles, es el ejemplo insuperable de la abnegación patriótica. Sólo un año después de su llegada al poder, Porfirio Díaz ordenó la realización de un monumento que constituiría uno de los florones de la decoración conmemorativa del Paseo de la Reforma. Sobre el basamento que sostiene la estatua del último emperador azteca representado como guerrero listo para el combate, un bajorrelieve recuerda el suplicio infligido al rey, y una inscripción votiva dedica el conjunto “a la memoria de Cuauhtémoc y de los guerreros que combatieron heroicamente en defensa de su patria”.⁹

Con el mismo impulso, el gobierno encomendó a Antonio Peñafiel, historiador de las antigüedades nacionales, la tarea de inspirar los trabajos del arquitecto que diseñó el pabellón mexicano de la exposición universal de 1889, colocada bajo el doble signo de la historia y del progreso técnico. De esta colaboración nació un edificio “construido con base en el estilo azteca más puro, una construcción de estilo nacional” en cuya decoración exterior

⁸ En su *Catecismo de historia patria*, Justo Sierra indica que esta historia consiste en “contar pues lo que sucedió en los pueblos civilizados que vivieron en nuestro territorio”, y que es la que todo buen mexicano debe conocer para amar a su patria. SIERRA, 1894.

⁹ REYES, 1988, p. 117.

[. . .] se colocaron seis grandes figuras para personificar los acontecimientos fundamentales de la historia mexicana antigua: el comienzo y fin de la nacionalidad y de la autonomía de las tribus aztecas, el comienzo de su existencia y el fin de su período histórico con la conquista de Cortés.

El texto explicativo del edificio es una narración de la historia azteca acentuada con edificantes retratos de las grandes figuras de la tribu. Entre ellos, el rey Itzcóatl es objeto de una particular atención. Está representado como caudillo providencial, en el cual se reconoce sin dificultad el modelo contemporáneo que dicta su relato a Peñafiel:

[...] La pobre y desafortunada tribu mexicana, aislada pero oprimida por los pueblos y reinos vecinos, pagaba un costoso tributo al tirano tecpaneca de Azcapotzalco; para salvar a la tribu hacía falta un genio político y militar que enfrentara los peligros ante enemigos poderosos y temibles y que sentara las bases sólidas de una verdadera nacionalidad;

o sea que Itzcóatl es quien hace de este “pueblo atemorizado, una legión poderosa”, pues “trece años de un gobierno paternal, sabio y previsor [. . .], treinta años como general del ejército y un año como libertador de su pueblo son los gloriosos servicios del rey Itzcóatl”. Es difícil no ver en esta conducta laudatoria, más al estilo de Luis XIV que republicano, la conversión en héroe del mismo Díaz, general victorioso de las fuerzas contra la intervención francesa, artesano del restablecimiento de la paz civil y del crédito mexicano en el exterior. Si bien la continuación del relato está destinada más clásicamente a exaltar el patriotismo con el ejemplo del valor de los aztecas, las últimas palabras de Peñafiel reafirman el mensaje principal: “Hoy, ante toda Europa, México alza un monumento al más valiente de sus aztecas, Itzcóatl y al más desafortunado de sus defensores, Cuauhtémoc”.¹⁰ Bajo una u otra forma, creación de héroes o historia patria, la historia monumen-

¹⁰ PEÑAFIEL, 1889. El folleto incluye una versión en español.

tal porfirista, destinada en principio a edificar a los ciudadanos y a nutrir su patriotismo, está llamada a convertirse en el instrumento de glorificación del régimen personificado por Díaz. No es casual la larga práctica de celebración de los héroes, que a fines del siglo XIX se encarna también en las estatuas de caudillos regionales enviadas por cada uno de los estados para adornar los camellones del Paseo de la Reforma. Junto a una simbología nacional que sigue siendo pobre proliferan los monumentos personales que exaltan a individuos excepcionales en los planos militar y político. Lo nacional y lo patriótico encuentran su mejor símbolo en las figuras de los caudillos. El proceso de sacralización en beneficio del poder personal de Díaz culmina con la construcción, en 1910, del Hemiciclo a Juárez en la alameda. Homenaje con doble sentido: se conmemoraba a Benito Juárez para celebrar a Díaz. El nombre de Juárez, convertido con el tiempo y en la conciencia liberal en el héroe epónimo de la Reforma y del México político moderno, quedaba definitivamente ligado al de Díaz, a quien se debía considerar como su legítimo sucesor. Así, la inauguración de las fiestas del Centenario “confundió los nombres gloriosos del gran Reformista y del ilustre Caudillo”.¹¹

En este contexto, en que los grandes héroes nacionales sirven tanto a la edificación de los ciudadanos como a la glorificación por analogía del caudillo, el destino reservado a los primeros insurgentes, Hidalgo, Morelos y sus compañeros de armas, mantiene un lugar aparte. Si bien su valor en el combate sirve al primer objetivo, su fracaso final y el peso del carácter extremadamente destructor y anárquico de su acción histórica no permitían identificación alguna con el general Díaz. También su recuerdo era honrado muy marginalmente por el régimen. En 1888 el único monumento en memoria de Hidalgo era un viejo busto olvidado de una pequeña plaza de la capital.¹² Los

¹¹ *Crónica...*, 1911, p. 176.

¹² Es esto lo que recuerda la “Junta Patriótica Hidalgo”, fundada en 1888 con el fin de proclamar honores más sustanciosos para el cura de

festejos anuales del 15 y 16 de septiembre, cuando el presidente de la República clama la independencia ondeando la bandera en las ventanas del Palacio Nacional, evitaban cuidadosamente, en la época porfirista, evocar directamente el recuerdo de los insurgentes.

El olvido no era total, pero el recuerdo quedaba mediaticado por la puesta en escena de una serie de objetos que insensiblemente trasladaban a los insurgentes de la calidad de héroes a la de inofensivos santos de reliquia. En 1895, año del LXXXV aniversario de la independencia, los huesos de Hidalgo, Morelos y muchos otros insurgentes se transfirieron de la cripta de la catedral de México, donde reposaban desde 1823 en una urna de cristal construida expresamente para ello, a la capilla de san José.¹³ Al año siguiente la campana del pueblo de Dolores, la que Hidalgo utilizó para lanzar su grito de reunión, fue transportada con grandes costos a México. Su instalación provocó la organización de una gran procesión cívica de apego al régimen. A partir de ese momento, la campana sonaría todos los días 15 de septiembre, accionada por el presidente. En el Centenario de 1910, la memoria de los insurgentes ya no sería honrada de manera diferente. Se depositó en el Museo Nacional, lugar de la memoria anticuaría por excelencia, las fuentes bautismales de Hidalgo, reunidas con la vestimenta de Morelos, restituida por España. No se consagró ningún monumento a los insurgentes cuando el go-

Dolores, y que obtuvo de Porfirio Díaz las ceremonias de julio de 1895. Véase "Festividades del 15 y 16 de septiembre 1823-1915", vols. 1067-1071, Archivo histórico del ex-Ayuntamiento de la Ciudad de México, vol. 1071, exp. 128, extr. de *El Monitor Republicano* (31 jul. 1895).

¹³ La ceremonia se llevó a cabo los días 29 y 30 de julio (aniversario de la ejecución de Hidalgo) y no en septiembre, fecha en que su valor simbólico habría sido más fuerte. El modelo de la piedad con respecto al gran hombre es el del homenaje a Voltaire: "Recibe en la muerte los honores que te decreta tu Patria". No obstante, hasta las reliquias patrióticas son sometidas a las leyes despiadadas de la evolución: en el momento de la exhumación, Leopoldo Bates, enviado por el museo Nacional, fue autorizado a tomar "la medida antropológica de los cráneos con el fin de realizar un estudio científico de gran utilidad", "Festividades del 15 y 16 de septiembre 1823-1915", vol. 1071, exp. 128.

bierno inauguró, sobre el Paseo de la Reforma, la columna de la Independencia, símbolo más abstracto. La única ceremonia dedicada a su memoria se llevó a cabo el 6 de octubre, después de la clausura de las grandes fiestas: una "Apoteosis" celebrada al abrigo de las miradas ciudadanas en el Zócalo, transformado en "templo austero", en torno a un catafalco que acababa de matarlos simbólicamente. Así, el Centenario no fue la ocasión de reconciliarse con los controvertidos héroes de la insurrección de 1810.

Hegemónica en la época porfiriana, la historia monumental margina otras formas de historia, sobre todo la anticuaria, la de los aficionados del pasado. Eruditos como Orozco y Berra, García Icazbalceta, Del Paso y Troncoso y González Obregón, dado que cultivan las antigüedades prehispánicas o las costumbres coloniales, son sensibles a la idea de tradición. La historia anticuaria progresaba en cuanto a erudición, aunque, contemporánea de una arqueología tradicional que seguía sin interesarse más que en los monumentos,¹⁴ no renovaba la imagen del México antiguo. Era útil, sin embargo, porque seguía valorando las producciones artísticas de los pueblos prehispánicos, confiriéndoles de este modo la calidad de "civilizados" (un deseo del viejo nacionalismo criollo que los liberales y porfiristas nunca abandonaron del todo, aunque ya no fuera prioritario), y porque su impacto ideológico era casi nulo. Así fue como llegó oportunamente a socorrer al gobierno mexicano para permitirle participar sin animosidad en el IV centenario del descubrimiento. La Junta Colombina de México, compuesta de historiadores, se encargaría de "formar una importante colección de antigüedades" para la ocasión, procurando "que en ella estuviesen representadas todas nuestras principales razas y nacionalidades antiguas". La junta realizó una verdadera recolección de objetos antiguos en todas las regiones de la República y editó un gran libro con reproducciones de códices, cuyo comentario mezclaba erudición y patriotismo, mientras que el gobierno mandaba edificar, sobre Reforma, el monumento

¹⁴ BERNAL, 1988, pp. 88-108.

a Colón.¹⁵ Así se evitaba todo juramento de fidelidad a la antigua potencia colonial y se revaloraba, por el contrario, el buen recuerdo de las antigüedades nacionales.

En el otro extremo de la memoria historiográfica aparece la historia crítica que practicaban ciertos científicos y cuyo principal representante fue Francisco Bulnes. Sobre la base de una validación conservadora del sistema político porfirista, Bulnes atacó los grandes mitos de la historia patria. Su obra *El verdadero Juárez*, en la que ataca sin piedad la obra política y las virtudes patrióticas del héroe de la Reforma, causó escándalo y ocasionó una respuesta digna de la historia monumental: la biografía de Juárez por Justo Sierra, científico de razón aunque liberal de corazón.

Con la excepción de los historiadores anticuarios, los profesionales de la memoria porfirista tenían la convicción de que el tiempo actual, desenlace legítimo de la historia posterior a la Reforma, “abre tiempos nuevos”.¹⁶ El discurso que afirma que el tiempo está disponible y “la historia está por hacerse”, encomendaba al régimen satisfacer la expectativa de progreso, y al menos mostrar por medio de signos sin ambigüedad que la identidad nacional se definía por su dominio sobre la modernidad. En este contexto el pabellón pseudoazteca de 1889, en el que los organizadores habían creído adecuado exponer un modelo reducido de la torre Eiffel (!), fue considerado por algunos como una equivocación imperdonable.¹⁷ Si la imitación de lo antiguo era legítima cuando se trataba de honrar el recuerdo de los grandes héroes aztecas, ya no lo era cuando se trataba de manifestar ante el mundo los progresos del país. Así, para la exposición universal de 1900 se imponía elegir un pabellón neoclásico, del estilo de finales del siglo XIX, “a falta de un género arquitectónico verdaderamente

¹⁵ *Homenaje...*, 1892.

¹⁶ RICOEUR, 1985, p. 305.

¹⁷ “El notable trabajo de los señores Peñafiel y Anza tendía más bien a hacer una restauración con elementos exclusivos del arte tlahuica, dentro de las reglas del pasado, y no a presentar un tipo de construcción apropiada en relación con el gusto estético y con las exigencias modernas”, SALAZAR, 1988, p. 147.

nacional y característico de México".¹⁸ Esta aseveración no era de ningún modo sinónimo de autodesprecio, sino el reconocimiento de que la arquitectura mexicana, arrastrada por la marcha del progreso, no podía valerse del pasado (en particular por el argumento de que la disposición y los materiales de los edificios antiguos ya no se adaptaban a las necesidades contemporáneas) y debía, por el contrario, adaptarse a los cánones arquitectónicos de la modernidad.

La evolución del festejo de los días 15 y 16 de septiembre reflejaba el mismo deseo de modernidad. Cada celebración anual era ocasión para introducir alguna novedad. La electricidad decuplicó las posibilidades de iluminación festiva sobre el Zócalo y las calles que conducen a la alameda; a finales del siglo se aprobaron contratos para la creación de un sistema permanente de iluminación del palacio municipal y de la catedral. Para divertir a los ciudadanos se crearon en la misma época recorridos para bicicleta. Lo que más se fomentó fue la participación de los alumnos de escuelas en la procesión cívica del desfile de la tarde del 15 de septiembre y los festejos particulares en su honor. Se decía:

[...] en todos los países cultos la infancia disfruta de cuidados y privilegios propios; mírase en ella a la generación del porvenir, a la que es preciso preparar en todos los sentidos a los combates de la vida, y por esto no solamente se le educa física, moral e intelectualmente, sino que se la dispone al estrechamiento de los vínculos sociales por medio de reuniones propias y peculiares fiestas.¹⁹

MODELO FRANCÉS Y CREATIVIDAD MEXICANA: 1889-1910

La dicotomía así constatada entre la necesidad de servirse del pasado y el deseo de volverse resueltamente hacia el

¹⁸ MIER, 1900, p. 87.

¹⁹ "Festividades...", vol. 1071, exp. 132 (impreso en Ayuntamiento de México, 1887).

futuro, se decuplicó en la celebración del Centenario de 1910. Todavía recibía la influencia del modelo de 1889. La asociación de la conmemoración histórica y de la celebración del progreso, ya codificada en la práctica de las fiestas cívicas mexicanas antes de 1910, había constituido uno de los éxitos del centenario de 1889 en Francia. La imitación se identificaba fácilmente en la concepción de conjunto de la celebración de 1910, y en principio en la dimensión internacional que el gobierno quiso dar al acontecimiento, invitando a las grandes potencias del momento, por medio de sus embajadas y numerosas delegaciones, a participar en todos los festejos. Estaba igualmente presente, como entre los republicanos de 1889, el deseo de dejar un recuerdo de la conmemoración en la inauguración de monumentos y edificios que transformarían el paisaje urbano. También la insistencia con la que la educación se mezclaba con las fiestas recuerda el modelo de 1889: se trataba, en un mismo movimiento, de asociar a los futuros ciudadanos con un excepcional ejercicio de la memoria nacional, y de celebrar el recuerdo de la libertad conquistada y los esfuerzos del régimen por el progreso del saber y de la ciencia. El Congreso Nacional de Educación Primaria y los numerosos congresos científicos reunidos en septiembre, estaban ahí para resumir la obra emprendida. Por último, ¿cómo no ver en la reconstitución de la Universidad Nacional, por Justo Sierra, y hasta en la construcción del nuevo anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el eco de la inauguración de los edificios de la nueva Sorbona? Tampoco faltó en 1910 un "Primer Congreso Nacional de Estudiantes", modesta réplica del Congreso Internacional realizado en París en 1889. Doble celebración, la del glorioso acontecimiento fundador y la del modernismo. En relación con la original, las distorsiones e innovaciones fueron evidentemente numerosas: la celebración conmemorativa no fue una estructura vacía que se rellenara indiferentemente con principios universales y festividades convenidas; era modelada vigorosamente por la política de la memoria nacional puesta al día en las décadas precedentes.

Puede afirmarse que en 1910 la forma que triunfa como memoria del pasado es la historia monumental, auxiliada por la historia anticuaría. Contraria al espíritu de la celebración, la historia crítica permaneció silenciosa. El Centenario no abrió el debate sobre la independencia y, como se ha visto, no llegó a ningún compromiso con el recuerdo de Hidalgo y Morelos. Encargado por Porfirio Díaz de publicar para el Centenario una colección de fuentes sobre la época de la independencia, Genaro García, director del Museo Nacional e historiador lúcido, escogió los documentos “indistintamente entre los más importantes que suscribieron entonces insurrectos y realistas”, aunque la imparcialidad reemplazó la discusión. Se trataba únicamente “de indagar la verdad y decirla serenamente”, ya que es así como “la Historia, lejos de divulgar el engaño, rendir culto a falsos ídolos y habituar a la injusticia, instruirá sanamente, demolerá funestos altares y hará amable la equidad”.²⁰ La reorganización del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, planeada para el Centenario, se ajustó al modelo de la historia monumental: a una gran sala de monolitos arqueológicos, donde se concentrarían los hallazgos efectuados desde finales del siglo XVIII, corresponden simétricamente con las salas de la historia patria.

Entre los grandes momentos de la conmemoración, el desfile histórico del 15 de septiembre es el que mejor revela qué memorias histórica y política deseaba presentar y perpetuar el régimen. De acuerdo con la opinión de los mismos organizadores, ésta fue la festividad que demandó una mayor preparación, “ya que era necesario escoger cuidadosamente las escenas históricas que en ella habían de representarse”. La selección final no deja de ser sorprendente. Había tres escenarios, que movilizaban a centenares de actores con vestuario y representaban sendos momentos de la historia nacional: la conquista, el virreinato y la independencia. La primera escena, representaba el encuentro entre el emperador Moctezuma, rodeado de

²⁰ GARCÍA, 1985, vol. 1, p. x.

la nobleza azteca, sus guerreros y sacerdotes, y Hernán Cortés, acompañado de doña Marina, soldados españoles, guerreros tlaxcaltecas y sacerdotes. La segunda, reproducía la procesión del estandarte real del virreinato: 288 actores representaban a la sociedad de la Nueva España, respetando fielmente su organización jerárquica y corporativa. La tercera, no representaba, como se podría esperar, la insurrección de 1810, sino la entrada a México del ejército de las Tres Garantías dirigido por el general Iturbide, rodeado de los insurgentes incorporados al Plan de Iguala. Aquí se prefirieron, en lugar de las hordas andrajosas conducidas por Hidalgo, los soldados de un ejército profesional marchando bajo el uniforme, aunque la intención del Centenario era celebrar la rebelión.²¹

A una concepción intelectual sin falla, los organizadores asociaron un mensaje político de una extrema claridad, en una figuración muy realista que excluía la alegoría. La elección de los momentos históricos fue particularmente sagaz, tomando en cuenta los imperativos de la festividad, que debía presentar, para estar debidamente animada, “desfiles dentro del desfile”. La erudición de los anticuarios contribuyó a la reproducción verosímil de los vestuarios y de la etiqueta de la época. Pero las escenas elegidas, en donde el realismo excluía la representación de principios abstractos, revelaron mucho más que el gusto anticuario por la reconstrucción histórica. Se trataba de representar crudamente, en sus faustos y libramientos, inmutable a pesar de los cambios de época, al poder en torno de una figura de jefe: el poder militar vencedor o a punto de serlo de Iturbide y de Cortés; el poder civil santificado del emperador indígena y del rey de España encarado por el virrey. Esta concepción no dejaba espacio ni para los primeros insurgentes, Hidalgo y Morelos —que no ejercieran el poder, ni realmente hubieran vencido en el campo de batalla—, ni para representaciones de la “libertad”, la “República” o la “nación”. Fueron los carros alegóricos enviados por cada uno de los estados de la federación y co-

²¹ *Crónica...*, 1911, pp. 138 y ss.

locados al final del desfile histórico propiamente dicho los que, como “monumentos cívicos”, asumieron esta función. En 1910, la memoria histórica del gobierno de Porfirio Díaz fue la de un poder piramidal y corporativo encarnado en un caudillo, mientras que la memoria propiamente política, fundada en los principios teóricos del régimen, república y libertad, se dejó a la apreciación de las élites regionales. Las fiestas cívicas del Centenario ilustran el mismo modelo corporativo. Las procesiones, los homenajes a los héroes, el juramento a la bandera (único símbolo de la libertad nacional en las celebraciones, también el único mantenido para impedir que se estableciera una relación todavía más directa entre los ciudadanos y el caudillo), organizaban la participación de los ciudadanos según su pertenencia a sociedades mutualistas, asociaciones de empleados, escuelas, etcétera.

El centenario de 1889, que fue sin duda una potente fuente de inspiración manifiesta del régimen porfirista en su ocaso, proporciona un valioso elemento de comparación para analizar cuál fue la especificidad de la celebración mexicana. A diferencia de los republicanos franceses, que consiguieron, con la conmemoración revolucionaria, dar a su régimen un “verdadero lugar de memoria” bajo la forma de una “tradicción republicana” moderada y consensual que integraba Estado, sociedad y nación “en una síntesis patriótica”,²² los porfiristas descuidaron la celebración de los principios en provecho de la de los hombres y acontecimientos que simbolizaran un fuerte poder personal. Al excluir de los más grandes honores conmemorativos a una parte de los autores de la independencia nacional, vencidos provisionales de la historia, los porfiristas privilegiaron la celebración de una tradición nacional del poder que no tiene nada de republicano ni de universal.

La locura edificadora que se apoderó del régimen porfirista en los años anteriores al Centenario ilustró la contribución específica de México al imperativo de celebración del modernismo. El destino de los nuevos edificios

²² NORA, 1984, p. 654.

públicos indicaba, unas veces, el deseo de una modernidad prestigiosa (construcción del Palacio de Bellas Artes o de la Secretaría de Comunicaciones), y otras, un utilitarismo pragmático y autoritario que se situaba en la apertura de la prisión de Lecumberri, a principios de siglo. El primer día de las celebraciones estaba marcado por la inauguración de una de las últimas grandes realizaciones del régimen, el Asilo General, que “colocaba a México, en materia de enajenación, a la altura de los países más avanzados”.²³ Los 24 edificios del asilo organizaban el mundo de la locura a la imagen de una sociedad vigilada donde cada uno ocupaba un lugar según su patología y su rango (con pabellones reservados para los enfermos distinguidos). Los trabajos de ampliación de la penitenciaría del Distrito Federal destinados a “levantar un dique contra el avance de la criminalidad”²⁴ y la colocación de la primera piedra de una “prisión general” manifestaban, tanto como las procesiones corporativas, la obsesión por el orden y la reglamentación de los ciudadanos desviados: era lo opuesto a la sacralización de la educación y del saber, celebrada también como portadora del futuro, ilustrada por la inauguración de nuevas escuelas en el Distrito Federal durante todo el mes de septiembre.

La universidad soñada por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, última creación duradera del régimen porfirista, se inauguró al mismo tiempo que la Escuela Nacional de Altos Estudios, que debía ceder su lugar a las humanidades, junto a los programas científicos de los cursos porfiristas. El discurso inaugural de Sierra iba a tono con el espíritu de las celebraciones. La universidad naciente no tenía nada en común, insistía, con la que la precedió:²⁵ no tenía “antecedentes”, sino “precursores. ¿Tenemos una historia?”, preguntó el orador, respondiendo en seguida: “No”.²⁶ ¿Todavía creía

²³ *Crónica...*, 1911, p. 110.

²⁴ *Crónica...*, 1911, p. 218.

²⁵ Es decir, la antigua Universidad Real y Pontificia, cerrada definitivamente en 1867.

²⁶ *Fiestas...*, 1910, p. 48.

Justo Sierra en el futuro, en 1910? La revolución mexicana se iniciaba.

LA ANTROPOLOGÍA Y EL NACIMIENTO
DE LA MEMORIA NACIONALISTA

La Revolución no fue la causa directa de las transformaciones en la sensibilidad histórica y de la aparición de una nueva memoria cultural y antropológica. Aunque sea considerada como una serie de acontecimientos políticos y sociales de primera magnitud, no fue, en cuanto a la historia cultural, la fuente primaria de los cambios que ocurrieron antes de que se celebrase el “segundo centenario”. En efecto, la metamorfosis de la sensibilidad histórica y el destape de nuevos estilos de memoria, cultural y antropológica, anticiparon el estallido de las guerras civiles. El derumbe del sistema político porfirista aceleró la evolución de la nueva sensibilidad, que hubiera aparecido de cualquier forma, dado que surgió del agotamiento del discurso histórico en el cual el régimen había fundado su memoria política: una historia patria que, esclava de la cronología y gobernada por la idea de progreso y por el evolucionismo, hizo desaparecer secciones completas de la realidad nacional, como la numerosa población indígena apegada a sus antiguos modos de vida. Consumada la independencia, sus relatos ignoraron deliberadamente la existencia de los indígenas en la historia del siglo XIX.

La nueva sensibilidad salió a la luz en los últimos años del porfiriato. La encontramos, por ejemplo, en los filósofos del Ateneo de la Juventud. Impregnados del romanticismo alemán y de las lecturas de Nietzsche, cuestionaron el imperio del cientificismo en el pensamiento y buscaron liberar el “alma” y la “cultura” de los “pueblos” hispanoamericanos del dominio de los hechos positivos. “La exposición mexicana”, presentada en septiembre de 1910 por la Asociación de Pintores y Escultores, compuesta por egresados recientes de la Academia de San Carlos, fue una revelación incluso para los organizadores del Centenario,

pues abandonó la pintura histórica y los retratos clásicos para representar el final del academicismo y el advenimiento de una pintura de inspiración más personal: “El arte nuevo, el congregado en la exposición mexicana, ostentaba, con intensidad palpable y conmovedora, un alma”.²⁷

Tampoco el pesimismo respecto a los éxitos del modernismo aguardó el comienzo de la Revolución para manifestarse. Provino de hombres formados enteramente en la ideología porfirista y que se mantuvieron leales al régimen político. Es el caso de Molina Enríquez, cuyo libro, *Los grandes problemas nacionales*, apareció un año antes del Centenario. Desde 1906, en su ensayo *La Reforma y Juárez*, había entrado en guerra con el conformismo de la historia patria. Según él, la historia no es “el arte [...] de reproducir los movimientos de los grandes hombres en cuadros conmovedores capaces de despertar sensaciones estéticas”, sino “la ciencia, verdaderamente tal, de estudiar los impulsos sociales que en la evolución universal y en el proceso de la selección colectiva han determinado los movimientos de esos grandes hombres”. Tanto del interior como del exterior del positivismo se sentía la necesidad de revisar la historia. El análisis de las “causas sociológicas” del conjunto de la historia mexicana desde la conquista (restricciones del medio físico, la raza, el momento histórico) condujo a Molina Enríquez a reevaluar la época colonial, durante la cual un gobierno fuerte logró mantener el orden en una sociedad compuesta de elementos raciales heterogéneos, y a situar el principal mérito histórico de Juárez en haber sabido identificar la “nacionalidad” con lo mestizo, “el verdadero partido liberal”. Si bien Molina Enríquez todavía se definía de acuerdo con concepciones evolucionistas, sacó de ellas conclusiones poco ortodoxas en relación con el proyecto porfirista; ya no creía en la ca-

²⁷ *Crónica...*, 1911, p. 248; entre los numerosos expositores, algunos como los jóvenes pintores Jorge Enciso, Roberto Montenegro, Saturnino Hernán, Joaquín Clausell y José Clemente Orozco tuvieron parte importante en la renovación artística que marcó el fin de la revolución.

pacidad de la educación para poner fin a los “200 o 300 años de retraso” de la población indígena.²⁸ En otras palabras, como la visión del pasado deja de recatarse ante el conformismo de la historia patria, también la concepción del futuro deja de obedecer a la creencia optimista en el progreso indefinido.

La historia patria se elaboró a partir de una visión centralista de la realidad nacional, determinada por el hecho de que las sociedades indígenas del altiplano central habían sido aniquiladas por la desamortización de las tierras colectivas y por la expansión de la hacienda. De cualquier forma, la idea de tradición y de presencia del pasado no se borró de la conciencia histórica de las élites locales cuando éstas se encontraban en el corazón de regiones que seguían siendo indígenas. Es el caso del estado de Oaxaca, donde se desarrolló, durante la época porfirista, una escuela erudita representada por Martínez Gracida, quien practicó la historia anticuaría, se interesó por los sitios arqueológicos locales y las dinastías mixtecas y zapotecas, publicó gramáticas de lenguas indígenas y no ignoró el estudio etnográfico de las poblaciones indígenas contemporáneas. El oaxaqueño Francisco Belmar, magistrado de la Suprema Corte, con motivo del Centenario de 1910, inició un proyecto de “Sociedad de Indianistas” que estuviera “dedicada al estudio de los diversos problemas relacionados con nuestras razas indígenas y especialmente el de su mejoramiento y progreso” y a la promoción de su evolución.²⁹ Logró reunir el Primer Congreso de Indianistas en octubre de ese año, presidido por Porfirio Díaz, y consagrado a los proyectos de la sociedad, particularmente el de la educación destinada a los indígenas.

Aparecía, entonces, en el corazón mismo del régimen, una conciencia histórica más sensible al peso del pasado y a su influencia sobre el curso de la vida nacional. En este sentido, la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas constituyó un momen-

²⁸ MOLINA ENRÍQUEZ, 1906, p. 25.

²⁹ *Crónica...*, 1911, p. 236.

to crucial. Se trataba, nuevamente, de una obra porfirista, ya que desde 1906 el secretario de Hacienda, Limantour, había dado a conocer la aprobación del gobierno mexicano del proyecto propuesto por Murray Gutler, profesor de la Universidad de Columbia. Su aprobación fue confirmada en 1908 por Justo Sierra. La escuela vio oficialmente la luz cuando se reunió en México, durante el Centenario, el XVII Congreso Internacional de Americanistas. Sus estatutos se firmaron el 14 de septiembre de 1910, y abrió sus puertas el 20 de enero de 1911 en presencia del presidente de la República. La escuela internacional reunió las colaboraciones de las universidades estadounidenses de Columbia, Harvard, Yale y Pensilvania, del gobierno de Prusia y del de México. El acuerdo establecía el envío anual de un profesor pagado de cada una de las universidades, para promover la enseñanza y la investigación en el campo de la arqueología mexicana, así como la recepción de alumnos becados por los gobiernos en cuestión. Uno de los profesores, extranjero o mexicano, dirigiría la escuela y se le debía renovar cada año: su primer director fue Eduard Seler, y el segundo, Franz Boas, profesor de Columbia y antropólogo ya célebre. La escuela existió oficialmente hasta 1922, aunque sus actividades se interrumpieron en 1914 por falta de financiamiento y a causa de los acontecimientos revolucionarios, así como por la declaración de guerra en Europa.

En cuatro años, los trabajos dirigidos por la escuela trascitaron la visión del pasado mexicano. Desde su fundación fue notoria la contradicción entre el discurso de sus promotores porfiristas y el proyecto de los antropólogos extranjeros. Justo Sierra, en su discurso inaugural del congreso de americanistas, no mencionó a los indígenas contemporáneos, aunque subrayó que el país buscaba “el apego religioso a su historia” al estar “poseído de la fiebre del porvenir. Todo ese mundo anterior a Cortés, cuyos archivos monumentales venís a estudiar aquí es nuestro, es nuestro pasado, nos lo hemos incorporado como un preámbulo que cimenta y explica nuestra verdadera historia nacional”. Se trata de “analizar y clasificar los restos de

esas civilizaciones y traerlos no sólo a la luz del día, sino a la luz de la ciencia”.³⁰ El subsecretario de Instrucción Pública, Ezequiel A. Chávez, desarrolló una visión más pragmática, pues fue sensible a la posible utilización de los resultados de trabajos sobre civilizaciones antiguas “para entender las condiciones presentes de las razas y apresurar su evolución”.³¹ Pero el discurso-programa pronunciado por Eduard Seler demolió esta percepción evolucionista y utilitaria del estudio del pasado. Al recordar las aportaciones de la arqueología moderna al conocimiento de las culturas antiguas —vida cotidiana, vivienda, cultos, etc.—, subrayó la necesidad de un trabajo de campo global, que asociara el conocimiento del medio humano contemporáneo con las exploraciones propiamente dichas:

[...] El historiador generalmente estima más el testimonio que puede captar de la boca del testigo vivo. Para el conocimiento de la historia antigua y de la vida política y social de las antiguas naciones de este país, testigos vivos en cierta manera son también los descendientes de esas naciones que todavía hablan su idioma natural y observan sus antiguas costumbres. El indio de este país es tan tenazmente adicto a sus antiguas costumbres, tan afecto al suelo en que nació, y en que vivieron sus antepasados, que generalmente sólo la viva fuerza lo puede apartar de allí.

El conocimiento de la actual repartición geográfica de las lenguas indígenas será precioso para el historiador de la antigüedad, pues ésta ha cambiado muy poco desde la época de la conquista; tampoco se puede ignorar el estudio de “tradiciones, creencias y cuentos, adulterados o no, del tiempo de su gentilidad. El folklore de las tribus indígenas del país será otra tarea muy importante de nuestra escuela”.³² Eduard Seler anunció por último el empleo de métodos arqueológicos modernos que debían cambiar

³⁰ Discurso de inauguración de Justo Sierra, *Reseña de la segunda sesión del XVII Congreso Internacional de Americanistas*, México, septiembre de 1910, Museo Nacional, 1912, pp. 17-18.

³¹ *Escuela...*, 1912, p. 13.

³² *Escuela...*, 1912, p. 24

completamente el conocimiento de las civilizaciones antiguas: la escuela

[...] tendrá particular cuidado en estudiar la estratificación de las capas de cultura, con el fin de ver si hay en algunos lugares modo de llegar a una clasificación o al orden cronológico en el que se siguieron unas a otras las distintas civilizaciones, lo que hasta hoy no ha sido posible hacer.³³

Dentro de los primeros cuatro años de existencia de la Escuela Internacional, las investigaciones llevadas a cabo alteran radicalmente la visión del pasado remoto de México. El problema de la sucesión cultural en el valle de México, aún no resuelto, fue uno de los grandes ejes de trabajo de Selser y Boas en la escuela internacional. De los alumnos mexicanos becados, Manuel Gamio (1883-1960), discípulo de Boas en Columbia, 1909-1911, fue quien obtuvo, de los registros estratigráficos que por encargo de este último había realizado en Azcapotzalco,³⁴ una concepción renovada del pasado y presente nacionales. Los registros estratigráficos por sí solos permiten establecer en forma rigurosa la sucesión de culturas en un sitio determinado. Los resultados obtenidos en Azcapotzalco ponen en evidencia la superposición de tres culturas distintas y sucesivas en el valle de México: la de los "Cerros" o arcaica, la de Teotihuacan y la de los aztecas. Con la desaparición de la arqueología exclusivamente monumental del siglo XIX y con la datación de objetos cotidianos o culturales que podían en adelante vincularse con una civilización correctamente ubicada en el tiempo, surgió de golpe otro pasado prehispánico, dotado de un bagaje histórico propio, estratificado y de una densidad cultural muy superior.

Las experiencias de Gamio como arqueólogo de la escuela internacional y, a partir de 1913, como inspector de monumentos, desembocaron en la publicación, en 1916, de *Forjando patria*, obra que tomó el curso contrario a la his-

³³ *Escuela...*, 1912, pp. 25-26

³⁴ Véase MATOS MOCTEZUMA y GAMIO, 1983, p. 6.

toria patria porfirista y propuso nuevas metas al ejercicio de la memoria. En el capítulo XV, titulado “Aspectos de la historia”, Gamio planteó el problema de los límites temporales de la historia nacional y desarmó la rígida cronología del siglo XIX. A su modo de ver, la historia de la nación no comienza en 1521 con la conquista, “sino en distintas épocas anteriores y posteriores a la fecha de tal acontecimiento”, según los grupos humanos de que se trate: los lacandones no se conocieron hasta el siglo XIX, mientras que el conocimiento de la dinastía azteca remonta la historia nacional al siglo XIV.³⁵ Asimismo, Gamio planteó el problema del contenido de la historia tal y como se escribió en su época: “Nuestra historia, que debiera ser la integración de informaciones verídicas, relativas a todos los aspectos de toda la población mexicana en todas sus etapas evolutivas, pretéritas, no es hasta hoy más que una recopilación incompleta”. La historia de la población de origen español ha sido privilegiada, así como la de los grandes personajes religiosos, políticos y militares, “en tanto que ignoramos la historia de nuestras artes plásticas y de nuestros artistas, de las industrias y los industriales, del comercio y los comerciantes, de la agricultura y los agricultores”.³⁶ El pasado fue endulzado con un relato abstracto de fuentes puramente librescas. Ahora se trata de devolverle, como diría Gamio, lo pintoresco y su colorido:

Si, en cambio [lo] reconstruimos por todos los medios —fotografía, pintura, escultura, arquitectura, objetos auténticos, etcétera— [...] nuestro conocimiento será completo, el concepto legítimo y las emociones que la belleza de ese período histórico despierta en nosotros, vigorosas y naturalmente originadas y no artificiales y débiles como sucedería si sólo conociéramos el aspecto teórico y abstracto.³⁷

Se trata de volver tangible el pasado para provocar que el lector de historia se emocione y se identifique con él y,

³⁵ GAMIO, 1960 pp. 62-63.

³⁶ GAMIO, 1960, p. 64.

³⁷ GAMIO, 1960, pp. 69-70.

además, se convierta en un espectador a quien se hará ver el pasado. Gamio recomendó el desarrollo y la creación de museos, guías, catálogos, libros de historia ilustrados, y relatos “objetivos” que concordaran con las obras y los objetos existentes en las colecciones accesibles.³⁸

Estas recomendaciones tomarían sentido con el concepto global de *Forjando patria*, que aboga por el abandono de las formas políticas y culturales de inspiración exclusivamente europea que han prevalecido hasta la fecha, mutilando la identidad nacional. Gamio subrayó la necesidad de una antropología que hiciera del conocimiento de los gobernantes las características distintivas de los diferentes estratos de la población, así como sus necesidades reales. En 1916, las consideraciones políticas, y no sólo la aplicación de nuevos métodos arqueológicos, intervinieron en las concepciones de Gamio sobre el pasado, el presente y el futuro del país. Él mismo admite que los acontecimientos revolucionarios confirmaron su vocación de antropólogo: “la dislocación del edificio social”, la “movilidad horizontal y vertical”, la “tempestad humana” que se presenta en los pueblos indígenas “formando un mosaico viviente de distintos rasgos culturales y diversos idiomas nativos”.³⁹ En 1917 el general Obregón leyó su libro y encontró en él “un estudio profundamente científico del verdadero origen de nuestros grandes males”.⁴⁰

El trastorno revolucionario ofreció a Gamio la oportunidad de dar rápidamente a la nueva memoria cultural el rango de política. En 1917 se creó la Dirección de Estudios Arqueológicos y Etnográficos, rebautizada en 1919 como

³⁸ Desde 1912, Gamio le ayudó a Boas en la publicación del *Album de collections archéologiques* (1921) en el cual 69 figuras reproducen y clasifican los tres tipos de cerámica del valle de México. Más tarde, no despreciará la publicación, además de sus trabajos científicos, de obras pedagógicas, escribiendo una guía del sitio de Teotihuacan; escribió hasta guiones para películas documentales sobre el México rural.

³⁹ Borrador de carta mecanografiada de M. Gamio al presidente de la Universidad de Columbia, sin fecha (c. 1920), Archivo Manuel Gamio, Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 12.

⁴⁰ Archivo Manuel Gamio, vol. 9.

Dirección de Antropología, con el apoyo activo del secretario de Agricultura y Desarrollo, Pastor Rouaix. En una secretaría de estado encargada de promover la reforma agraria y el desarrollo de infraestructura en el país, Gamio tuvo la posibilidad de llevar a la práctica una “investigación integral” en el valle de Teotihuacan. El objetivo del estudio era conocer las condiciones de propiedad, producción y habitabilidad del territorio, así como sus antecedentes históricos, su estado físico y sus distintos aspectos culturales. Rodeado por un equipo multidisciplinario formado en el campo con personal de la Dirección de Antropología, Gamio censó la población del valle, la estudió desde el punto de vista etnológico y exploró el sitio de Teotihuacan, donde despejó y restauró la Cindadela, es decir, el templo de Quetzalcóatl. Los resultados de su trabajo se publicaron en tres volúmenes bajo el título *La población del valle de Teotihuacan. El medio en que se ha desarrollado. Su evolución étnica y racial. Iniciativas para procurar su mejoramiento* (1922). Paralelamente a estos trabajos, Gamio creó y dirigió la revista *Ethnos*, cuyo objetivo era decididamente pedagógico. Él lo explicaba así:

[...] consiste en despertar el interés público hacia el hecho de que existe una enorme mayoría de mexicanos ignorados, que no obstante tienen derecho a ser estudiados para ser conocidos y conscientemente impulsados en su evolución social, pues sólo así se logrará incorporarlos en la vida nacional.⁴¹

Los artículos publicados en *Ethnos* y la síntesis redactada por Gamio para el primer volumen de *La población del valle...* terminaron de destruir las certezas acumuladas hasta el siglo XIX y estructuraron una nueva forma de memoria apoyada en dos parámetros completamente innovadores. En primer lugar, el reconocimiento y la aceptación de la existencia, en un mismo territorio y una misma época, de temporalidades, niveles culturales y orígenes étnicos diferenciados, cuya fusión está lejos de ser un hecho consuma-

⁴¹ GAMIO, 1920, pp. 1 y 2.

do. En segundo lugar, la convicción de que la historia nacional apprehendida a partir de la condición contemporánea de los indígenas es resultado de una larga decadencia que subraya el contraste entre la grandeza de las ruinas de Teotihuacan y el deterioro de las viviendas contemporáneas. A la visión del pasado prehispánico, ya entonces renovado por el método de registros estratigráficos, se agregó un estudio de la población, también concebido y estructurado con base en el modelo de “estratos”. El censo, que tomó en cuenta los criterios no solamente étnicos y lingüísticos, sino también culturales (vivienda, alimentación, herramientas, hábitos de lectura, prácticas religiosas, nociones de medicina y percepción del espacio político), impuso la imagen de un mosaico social que eliminó la otra, demasiado simple, del “mestizaje” biológico y cultural soñado por los evolucionistas del porfiriato.

En el plano político, Manuel Gamio propuso nuevas tareas a los gobernantes. Lo primero, era armarse de conocimientos acerca de los antecedentes históricos y de los estados cultural y económico de la población:

[...] Procediendo de otra manera, los gobiernos van al fracaso, pues no pueden gobernar lógicamente a pueblos cuya naturaleza y condiciones de vida desconocen; éstos, por su parte, no pudiendo desarrollarse bajo los empíricos sistemas gubernamentales que forzosamente se les imponen, vegetan degenerados y débiles, o bien hacen estallar sus justificadas protestas por medio de continuas revoluciones.⁴²

En este sentido, Gamio seguía convencido de que la acción política, dirigida científicamente, era el motor de la historia y podía conducir al país por la vía del progreso.⁴³

Entre tanto, la consideración del estado de la población y del territorio, en que se yuxtaponían niveles muy diferentes de evolución económica y cultural, llevaron a Gamio a codificar un nuevo tipo de relación entre el presente y el pasado. Por una parte el pasado, presente en el presente,

⁴² GAMIO, 1922, vol. 1, p. IX.

⁴³ BRADING, 1988, pp. 75-89.

no debía negarse, sino conocerse en su totalidad para ser superado, o más bien integrado en el futuro. Por otra parte, si la historia se concibe como decadencia y el presente como el producto degradado de los tiempos antiguos, el pasado se rehabilita inmediatamente. Ya no es “retraso” o “reacción”, sino una reserva de experiencias que conviene reevaluar positivamente —es el caso de la legislación indigenista colonial, que a los ojos de Gamio tenía el mérito, a diferencia de las leyes liberales del siglo XIX, de humanizar la dominación española, pues otorgaba a los indígenas derechos sobre la tierra y medios de defensa. La “tradición”, la vestimenta, los productos culturales —danza, música, artesanías— de los estratos no europeos de la población ya no eran considerados como estigmas vergonzosos de una modernidad no consumada, sino como elementos indispensables de la identidad nacional. Mientras la Revolución trastocó el horizonte de expectativas de la élite modernizante —renovándola—, el campo de experiencia de la nueva sensibilidad histórica se expandió,⁴⁴ enriquecido por la aproximación relativista de la antropología, que restituyó al pasado su disponibilidad. La memoria encontró “posibles trayectorias basadas en múltiples itinerarios y, sobre todo, agrupaciones y estratificaciones en una estructura hojaldrada que permitía al pasado, acumulado así, escapar a la simple cronología”.⁴⁵ La nueva percepción del pasado produjo una libertad de memoria que sustituiría a la autoritaria del régimen destituido, sin invalidar el proyecto de modernización.

La celebración del Centenario de la independencia organizada por el gobierno revolucionario en 1921 no reflejó sino modestamente la aparición de esta nueva memoria. La inexperiencia y la falta de medios económicos confirieron a las fiestas un aspecto de improvisación. El contexto internacional también fue menos favorable al gobierno que en 1910. Sin embargo, más allá del peso de las circuns-

⁴⁴ Las expresiones “horizonte de expectativas” y “espacio de experiencia” son tomadas de KOSELLECK, 1990, pp. 307-327.

⁴⁵ RICOEUR, 1985, p. 302.

rancias, el cambio en la sensibilidad histórica fue perceptible. El Centenario no pudo ser, como en 1910, la apoteosis triunfal de un régimen que pensaba tener el futuro en sus manos, así que fue concebido como una contracelebración cuyo discurso oficial subrayó sus caracteres “nacional” y “popular”, en oposición al de las festividades de 1910, que se caracterizaron “por su tono aristocrático y su indiferencia a nuestras tradiciones, artes y costumbres”.⁴⁶

¿Exactamente qué se celebró en 1921? ¿Se trató de una verdadera conmemoración? Así como el régimen porfirista no podía rendir todos los honores a Hidalgo y Morelos, ya que alteraban la memoria política del régimen, las autoridades de 1921 no deseaban realmente celebrar a Iturbide, y argumentaban: “no se conmemora el triunfo político de una clase privilegiada en el momento histórico más trascendental que tenemos, sino el triunfo del mismo pueblo”.⁴⁷ El mensaje político de las celebraciones, en este sentido, fue relativamente claro. Se tradujo en homenajes al recuerdo de los primeros insurgentes (con el depósito de un ramo por Obregón, presidente de la República, sobre el Altar de los Héroes en la catedral el 16 de septiembre, y el homenaje al “soldado insurgente” frente a la columna de la independencia el día 27) y, para ensombrecer a Iturbide, en la valoración del papel de Vicente Guerrero en la consumación de la independencia.⁴⁸ El nuevo poder se valió de figuras históricas a las que podía asociar un discurso social y cuyo origen mestizo, cuando no indígena, podía subrayar. Allí se anunció tímidamente una nueva memoria política, que se declaró de manera más firme en el centenario de la constitución de 1824, ocasión para rehabilitar la obra de los insurgentes.

⁴⁶ *El Universal* (1^o sep. 1921), Edición Monumental del Centenario, XII sección (“Datos del mensaje presidencial al Congreso de la Unión el primero de septiembre de 1921”).

⁴⁷ *El Universal* (1^o sep. 1921) (Comité Ejecutivo de las Fiestas del Centenario).

⁴⁸ “Programa general, oficial de las fiestas del Centenario”, *El Universal* (1^o sep. 1921), 2^a sección, pp. 1 y 2.

Sin embargo, parecía que en 1921 se desconfiaba de la historia y se deseaba movilizar lo menos posible la memoria histórica, por ser demasiado conflictiva. El homenaje a la bandera sería la ocasión de una ceremonia

[...] eminentemente nacional y patriótica. Por un momento olvidaremos todas las desdichas de nuestra historia y nos sentiremos mexicanos, dejando a un lado cualesquiera motivos, pasados o actuales, que pudieran establecer una división entre la gran familia que libertaron los hombres de 1810-1821.⁴⁹

El comité ejecutivo de las fiestas del Centenario de 1921 no incluía a ningún historiador, y la historia monumental hizo mutis en las ceremonias oficiales que celebraron, ante todo, el regreso de la paz. El acento se puso en la infancia, por un lado, y en la cultura, por otro. En el Distrito Federal, las autoridades inauguraron una escuela diaria durante el mes de septiembre. La semana del niño comenzó el día 11 con la inauguración de la exposición educativa del Departamento de Salud, y culminó el 15 con el desfile de Obregón, rodeado de su estado mayor, ante los niños de las escuelas que, concentrados entre el Zócalo y Chapultepec, cantaban el himno nacional después de haber prestado juramento a la bandera.

Menos centralizada y menos autoritaria que la organización de las celebraciones de 1910, la de 1921 dio lugar a varias iniciativas opuestas, y a efímeras manifestaciones culturales. Dentro de éstas, las que más destacaron fueron las de la prensa conservadora —*Excelsior* y *El Universal*— y las de la ciudad de México. Se observaron allí los balbuceos de la nueva memoria cultural y de la experiencia de la libertad en relación con el pasado y las tradiciones nacionales. Un léxico inédito irrigó el conjunto de los discursos, demostrando que la nueva sensibilidad se expandía rápidamente. A cada paso se evocaban el “color local”, la “música popular”, el “nacionalismo artístico” y el “renacimiento nacional en las artes”. La influencia de *Forjando*

⁴⁹ “El homenaje a la bandera”; *Excelsior* (11 sep.), 1ª sección, p. 1.

patria se observó en el entusiasmo de los neófitos, con lo cual los cronistas alababan los méritos de los productos culturales autóctonos. La cursilería raramente se evitaba cuando se trataba de celebrar a la “china poblana”, la “india bonita” o el “traje típico” de los músicos de la orquesta del centenario: el folklore de pacotilla se impuso más rápidamente que la reforma agraria o la escuela rural. Más seriamente, los organizadores de los homenajes, las veladas teatrales y los concursos literarios, experimentaron con métodos propicios para identificar al público con los nuevos objetos de recuerdo, buscando edificar a los ciudadanos por medio de la efusión lírica y la emoción estética.

La exposición de artes populares propuesta por los pintores Atl y Roberto Montenegro a Alberto J. Pani, jefe de las celebraciones, buscó revalorar ante el público la utilidad y el sentido estético de la artesanía indígena. Su inauguración, hecha por Obregón el 19 de septiembre, fue considerada por los pintores como el reconocimiento oficial del “genio indígena”. Además, demostró que “el deseo de poner de manifiesto el gusto por las cosas del país está hoy [en] día muy generalizado en todas las clases sociales”.⁵⁰ Fue sobre todo el reconocimiento político de una nueva visión antropológica dirigida a la fragmentación de la sociedad mexicana. Al igual que la visita oficial de Obregón a Teotihuacan, la exposición de artes populares no fue más que un símbolo, aunque sirviera para anunciar una política futura.

Al mismo tiempo, la gran prensa y las autoridades de la ciudad de México manifestaron su entusiasmo por la tradición colonial. La ciudad promovió un ciclo de conferencias sobre el arte de la Nueva España, y *El Universal* abogó por la restauración de los edificios y monumentos coloniales. Sin estar exenta de nostalgias políticas, esa sensibilidad rebasaba el simple fenómeno de moda. En 1922 el gobierno hizo construir un pabellón de estilo colonial para la exposición de Río de Janeiro, donde se exhibieron las “joyas” arquitectónicas legadas por España (fotografías del patrimonio colonial); sin embargo, también se expuso una colección de

⁵⁰ Atl, 1922, vol. 1, p. 22.

cerámicas teotihuacanas antigua y moderna.⁵¹ Cincuenta años después de la exposición universal de París, en 1929 México propuso a Sevilla un pabellón cuyo arquitecto, de origen yucateco, realizó el diseño al estilo “tolteca” a la vez que decididamente “moderno”.⁵² En él se yuxtaponían documentos arqueológicos, en la parte histórica de la exposición, elementos de etnografía aborigen (tipos raciales, vivienda, utensilios y escenas “típicas”), una “etnografía colonial moderna”, compuesta de tipos humanos, ejemplos de arquitectura, objetos de arte y una sección de historia propiamente dicha, con reliquias, retratos de héroes, casas históricas, etcétera. No se podía presenciar mejor el relativismo antropológico que más adelante prohibiría privilegiar la cronología o jerarquizar las aportaciones culturales de los diferentes componentes de la nacionalidad.

Mientras la memoria mediatizada en indirecta por el discurso histórico es conflictiva y culpabilizante (como lo muestran las publicaciones de 1924 destinadas a conmemorar el centenario de la primera constitución federal),⁵³ la memoria “culturalista” limpia al presente de culpa: la antropología, nueva ciencia de la sociedad, sirve en lo sucesivo a la política indigenista y a la integración. Ésta hace del pasado nacional un continuo cultural en el que cada mexicano puede valorar a discreción las manifestaciones a la vez sucesivas y contemporáneas de su identidad. La integración se acompaña, por último, de la elaboración de una memoria política moderna, que se apoya a la vez en los héroes de la independencia y en los caudillos de la Revolución, en los “principios de la Revolución” y en el Partido Nacional Revolucionario, para revelarse como instrumento de integración más eficaz que la memoria porfirista.

Traducción del francés de Lucrecia ORENSANZ

⁵¹ *Exposición Río de Janeiro*, México, 1923.

⁵² AMABILIS, 1929.

⁵³ La relectura de la historia del siglo xx no reconforta a sus historiadores, que la ven como “un caos, si no es que un círculo vicioso, dentro del que nos movemos desesperadamente, sin encontrar la fórmula adecuada de paz, de estabilidad y de trabajo”, *Primer...*, 1924, p. 17.

REFERENCIAS

AMABILIS, J. Manuel

- 1929 *El Pabellón de México en la exposición ibero-americana de Sevilla*. México: Talleres gráficos de la Nación.

BERNAL, Ignacio

- 1988 "La arqueología de México: historiadores y viajeros entre 1825 y 1880", en *La polémica...*, pp. 88-108.

BRADING, David

- 1988 "Manuel Gamio and official indigenismo in Mexico", en *Bulletin of Latin American Research*, vii:1, pp. 75-89.

CHÁVEZ, Ezequiel Adeodato

- 1912 *Escuela Internacional de Arqueología y Etnología americanas, año escolar de 1910-1911, informe del presidente de la Junta directiva*. México: Tipografía y Litografía de Müller.

Fiestas

- 1910 *Fiestas del centenario de la Independencia organizado por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*. México: Müller.

GAMIO, Manuel

- 1920 *Etnos. Revista mensual de estudios antropológicos sobre México y Centroamérica*, 1:1 (abr.), pp. 1-2.
- 1922 *La población del valle de Teotihuacan*. México: 1, p. IX.
- 1960 *Forjando patria*. México: Porrúa.

GARCÍA, Génaro

- 1911 *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*. México: Museo Nacional.
- 1985 *Documentos Históricos mexicanos (1910)*. México: Secretaría de Educación Pública, edición facsimilar, 7 vols.

GEERTZ, G.

- 1986 "Fait et droit en perspective comparée", en *Savoir local, savoir global. Les lieux du savoir*. Paris: Puf.

Homenaje

- 1892 *Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas*. Cuarto Centenario, México: Secretaría de Fomento.

KOSELLECK, R.

- 1990 *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*. París.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo y Manuel GAMIO

- 1983 *La arqueología mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

MIER, Sebastián B. de

- 1900 *México en la exposición universal Internacional de París*.

MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés

- 1906 *La Reforma y Juárez. Estudio histórico-sociológico*. México: F. Díaz de León.

NORA, P.

- 1984 "De la République à la nation", en NORA.
 1984 *Les lieux de mémoire, I, La République, "Commémorations"*. París: Gallimard.

ORY, P.

- 1984 "Le Centenaire de la Révolution Française. La preuve par 89", en NORA.

PEÑAFIEL, A.

- 1889 *Explication de l'édifice mexicain à l'exposition internationale de París, en 1889*. [El folleto incluye una versión en español.]

Primer

- 1924 *Primer Centenario de la Constitución de 1824. Obra Conmemorativa*. H. Cámara de Senadores, bajo la dirección de Pedro de Alba y Nicolás Rangel. México.

REYES, Vicente

- 1988 "El monumento a Cuauhtémoc", en *La polémica*, pp. 115-124.

RICOEUR, Paul

- 1985 *Temps et récit. III. Le temps raconté*. París: Seuil.

SALAZAR, Luis

- 1988 "La arqueología y la arquitectura", en *La polémica*, pp. 139-151.

SCHÁVELZON, Daniel (comp.)

1988 *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910.*
México: Fondo de Cultura Económica.

SIERRA, Justo

1894 *Catecismo de historia patria.* México: Imprenta de la
Vda. de Ch. Bouret.

WHITE, Hayden

1992 *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del si-
glo XIX.* México: Fondo de Cultura Económica.